

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA. EL *PLAN DE ACCIÓN POLÍTICA 1955-56* Y LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL PRIMER PERONISMO.

Omar Acha ^{*}, Nicolás Quiroga ^{**}

Introducción

En otros textos hemos adelantado algunos comentarios sobre determinados argumentos acerca de la significación de los diez años del primer peronismo (Acha y Quiroga, 2009a y 2009b). Lo hemos hecho con el propósito de examinar los resortes conceptuales de interpretaciones ejemplares (en el sentido en el que Thomas Kuhn usó este último término) de la historiografía normalizada. Este trabajo avanza en la misma dirección: no nos preocupa sólo discutir las conclusiones de los clásicos o protoclásicos del área sino más bien reparar y debatir acerca de la recepción de la que han sido objeto dichos textos en los últimos veinte años (entendemos por recepción la transmisión de puntos de vista interpretativos y no meramente el asentimiento que demuestra la cita bibliográfica). Así, se comprenderá que cuando sostenemos que tal o cual sentencia forma parte del consenso historiográfico posterior a 1983 nos preguntemos acerca de las implicancias de aceptarla sin revisión.

La interpretación propuesta por Walter Little en 1982 sobre el *Plan de acción política 1955-56. Desarrollo tendencial de los partidos (1946-57)*, aún no ha sido reconsiderada (Little, 1982). Incluso puede decirse que su última conclusión ha sido dada por sentada en otras investigaciones atinentes al primer peronismo. En efecto, dos décadas después, la idea

* Omar Acha. Historiador. Profesor en la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Investigador de CONICET. omaracha@gmail.com

** Nicolás Quiroga. Historiador. Profesor en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP). Investigador de CONICET. nfquirog@gmail.com

de que el peronismo sostuvo un “impulso fatal hacia la dominación”, y que dicho vector poseyó “carácter doctrinario” persiste indiscutida. Muy pocos de los “enfoques renovados” han revisado esa atribución.

En este análisis repensamos algunos materiales que refrendan la sentencia de Little y otros que pueden permitirnos emplazar de modo alternativo los argumentos acerca de las tendencias totalitarias o unanimistas dentro del peronismo hacia finales de la segunda presidencia de Perón. Nos interesa testear la hipótesis de que los planteos de Little prefiguran los temas principales que soportan, no siempre de manera explícita, los horizontes actuales de una desublimación del peronismo como tema de la investigación histórica. En otras palabras, lo que interesa del breve escrito de Little no es que sea citado como una base bibliográfica en todo estado de la cuestión, sino dos implicancias de su trabajo: primero, que vierta en formato académico una certidumbre similar a lecturas antiperonistas declaradas (de autores como Félix Luna o Hugo Gambini), y segundo, que sus supuestos histórico-filosóficos, pues no son otra cosa, permanezcan vivos en una literatura reciente que se ufana de situarse en una era post-ideológica de la historiografía.

Se ha señalado la superación de la politización de los estudios sobre el peronismo. Mientras en las primeras cuatro décadas de interpretación el peronismo reproducía bibliográficamente los posicionamientos partisanos pro o anti peronistas, desde los años noventa asistiríamos a un desplazamiento. Entonces se habría impuesto la investigación, superadora del denuedo o la apología. La mirada excesivamente subjetiva daría paso a la indagación sostenida en fuentes primarias, situada sobre objetos específicos, aportando una mayor penetración descriptiva y ecuanimidad interpretativa. Así, la condición de posibilidad para hacer ingresar al peronismo en el catálogo de los temas “fríos” de una historiografía académica parece perder, en su perfeccionamiento, la invocación monstruosa (*Ungeheur*) de lo histórico de la que hablaba Friedrich Nietzsche. Sin embargo, la revisión del texto de Little nos permite reparar en las consonancias de un modo “ideologizado”, prehistórico, y de otro académico, profesional, en algunas de sus concepciones sobre el *experimento peronista* de mediados de siglo XX.

Es que, en rigor, nuestra pregunta es la de qué tipo de progreso conceptual subyace en la perspectiva hoy común sobre una normalización de los estudios sobre el peronismo. Como pretendemos sugerir más adelante, la normalización de los estudios sobre peronismo ha colapsado algunas ramas de la indagación historiográfica, a la par de aceptar acríticamente concepciones sobre el Estado, la democracia, lo político, etc. En el caso específico de la reflexión sobre las masas y el estado peronista, la “evolución” de Little hasta los actuales desarrollos historiográficos parece indicar cuánto se ha ganado en el trabajo analítico y cuánto deberá discutirse acerca de nuestros supuestos sobre unanimismo, totalismo, totalitarismo, etc.

El análisis de Walter Little

En “A Note on Political Incorporation”, Little resume un tramo destacado de las lógicas interpretativas de reducción de la política peronista, las que dejan de lado, sistemáticamente, las tendencias centrífugas presentes durante el primer peronismo. En un texto breve, de poco más de ocho páginas, Little elabora una síntesis del contenido y significado del *Plan de acción política*. Dicho Plan es uno entre otros de los materiales dentro de una serie de elaboraciones de la *intelligentsia* política peronista, destinados a esclarecer su estrategia de predominio electoral. El *Plan* fue preparado para la reunión de gobernadores de principios de 1955 y mostraba la evolución de los votos para el peronismo y la oposición.

Se trata de un documento destinado a ordenar a las élites peronistas para la obtención de una mayoría electoral que no se conformaba con el 63 % obtenido en todo el país en las elecciones de abril de 1954. No es el único texto de naturaleza “secreta” que nos llega de ese período pero aun así sigue siendo un arquetipo.¹

En su momento, Alberto Ciria reprochó a la discusión de Little que a veces confundiera “declaraciones” con “realidades” y, además, que pusiera excesivo énfasis en su condición reservada –o secreta– para usos estatales, cuando documentos públicos lo contradecían (Ciria, 1983, 201). Sin embargo, la imagen de un peronismo, como Estado y como Partido, sujeto a la decisión de Perón, fue también su punto de vista.

¹ Félix Luna (1985) se detuvo en el “Plan político año 1951 / Directivas Generales” y en su complemento “Plan político año 1951 / Orientación a los señores gobernadores”.

Walter Little sostiene que el *Plan* arroja una “luz inusualmente directa” del “pensamiento peronista” sobre la relación entre legitimidad y apoyo electoral de masas. Argumenta que el *Plan* es una “evidencia de primera mano” de la decisión gubernamental para utilizar diversas técnicas destinadas a lograr la “incorporación política” y la creación de una “identidad peronista de masas”.

Little señala que fue un texto pleno de “vanagloria” sobre el creciente predominio peronista en la arena comicial. De acuerdo con el *Plan*, el peronismo emergía como una marea incontenible, polarizante, que por eso mismo ponía de relieve las zonas difíciles del avance, tales como Catamarca, Corrientes, San Juan, Río Negro, y sobre todo la Capital Federal, donde se había obtenido el 54% de los sufragios. De allí que fuera necesaria una vigilancia constante sobre las tácticas de “incorporación”, entre las que se destacaban las reformas sociales y económicas, la manipulación de distritos electorales para neutralizar los núcleos opositores y el incremento de los sectores organizados en el seno de la sociedad. Little destaca el énfasis puesto por los intelectuales peronistas en la movilización del asociacionismo. La atención es prestada especialmente por parte de los peronistas situados en el Estado (y no tanto en un partido oficial disminuido por rivalidades facciosas, o simplemente moribundo en ciertas circunscripciones).² La preocupación por la búsqueda de una mayoría sin posibilidad de oposición significativa es explicada por las exigencias de la “doctrina” peronista. Se trataría de un “impulso fatal” hacia la “dominación”.³ La doctrina desconocería el conflicto social y promovería su eliminación, inscribiendo al individuo en la sociedad y disolviendo los desacuerdos. En las líneas finales, Little sostiene que el *Plan* fue una expresión del idealismo “central al pensamiento peronista” y una de las razones de la caída de 1955. La particularidad del argumento de Little radica en que ese impulso explicaría la evolución del decenio 1946-1955, mientras que para otros (por ejemplo Waldmann, 1981 [1974]), el culto a la personalidad y la “técnica de la inconsecuencia” fueron respuestas a una “crisis existencial” en el gobierno peronista.

2 El “estatismo” de Perón había sido postulado por Little en un artículo previo (Little, 1973a).

3 Ya en 1956 José Luis Romero había asignado centralidad a la “ideología de Estado mayor” en Perón (1956). La idea de un peronismo como estructuración derivada de una doctrina fue sancionada luego, con una lógica bien distinta, por Tulio Halperin Donghi (1994).

El argumento de la crisis interna y externa provocada por el estatismo peronismo había sido el objeto del ya citado artículo “Party and State” de 1973, que reconstruye la unificación de las fuerzas peronistas en las diversas fases de organización partidaria, hasta la totalización conforme a la “doctrina peronista”, considerada “nacional”, en los años finales del primer peronismo. El Justicialismo nunca fue tan revolucionario como sus expresiones, sostiene Little; sin embargo, esas expresiones fueron interpretadas literalmente por la oposición, y fueron concebidas como la revelación de un peligro que exigía un golpe de Estado. Esas conclusiones opositoras se basaron en el hecho de que el personalismo y el estatismo del régimen ocluían toda posibilidad de descompresión de las inquietudes generadas por el afán de las elites peronistas de imponer la soberanía estatal (en sinonimia con la hegemonía peronista) al todo societal. La imagen de un Estado que avanza sobre los restos de los márgenes de una oposición, sin dejar resquicio alguno al pluralismo político, es demostrada a través de varias piezas probatorias. Además de las publicaciones doctrinarias sobre la “conducción” peronista y el carácter nacional del justicialismo, Little apela al momento fundacional de la historiografía del peronismo que es el relato preparado por Hugo Gambini para la revista *Primera Plana* a mediados de los años sesenta. La referencia es importante porque es posible que esta prehistoria de la historia del peronismo en Little tenga ella misma una historia arcaica en esa elaboración de Gambini. En efecto, es allí donde se mencionan las maquinaciones del *think tank* peronista para controlar a la oposición, sea en la constitución de “comandos estratégicos” o “tácticos”, en los “jefes de manzana”, y también en las elaboraciones de la Secretaría de Asuntos Políticos.⁴ Por eso no sorprende que en el artículo aquí comentado surja un primer uso interpretativo centrado en el *Plan político*: la tesis no era completamente nueva, ni será olvidada por las lecturas posteriores, sostenidas en “fuentes”, sobrevivientes a “referatos”.

Vale la pena subrayar aquí lo obvio: la crítica del totalitarismo peronista fue el hogar ideológico donde nació y se expandió la repulsa de una atribución de concentración ilimitada de poder. Surgió de plumas que representaron al gobierno militar de 1943, y crecientemente al coronel Perón, de una tendencia que se afirmó alcanzó el poder en 1946: totalitarismo,

⁴ Las referencias de Gambini se mantienen en la reciente publicación modificada de los textos de *Primera Plana*. H. Gambini, *Historia del peronismo*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1999-2007. 3 vols.

fascismo, nazi-peronismo. Una profusa bibliografía prosperaría desde 1955, sobre todo desde la usina de la editorial Gure. Los primeros estudios sobre el peronismo se distanciaron de las calificaciones más simplistas (como en Gino Germani y su descarte del mote de “fascismo”), pero no dejaron de sentir su presión. Lo que debemos calibrar es cuánto de esa sombra todavía perdura en las discusiones “renovadas” sobre el Estado peronista.

El énfasis en el Estado como estructurador del sistema político peronista tiene otra vertiente del análisis de Little en el estudio de la relación con los sindicatos, que justifica por “los problemas encontrados con la documentación” (Little, 1979). A partir del enfoque, Little propone una tipología de relaciones entre las organizaciones gremiales y el Estado peronista, entre las que identifica: oposición, sindicalismo, liberalismo, peronismo independiente, oportunismo y lealtad. La idea central que defiende dice que el peronismo no permitía ninguna opción para un sindicalismo que no fuera “leal”. Si naturalmente el abanico que va de la oposición al liberalismo carecía de toda legitimidad posible para el gobierno y la Confederación General del Trabajo, algo similar sucedía con el “peronismo independiente” e incluso el oportunismo. Otra vez, el peronismo es una máquina fagocitadora. Ante esa imagen se continuaron concibiendo las interpretaciones alternativas. Así fue que Hugo del Campo cerró su argumentación sobre el sindicalismo en la formación del peronismo, en el que la estatización “no fue total” como lo probaría el resurgimiento de las organizaciones obreras después de 1955 (del Campo, 2005, p. 360). Es también lo que, según Louise Doyon, distingue al “populismo” varguista de la peculiaridad peronista (Doyon, 2006).

En su ensayo de lectura del *Plan político*, Little completa su argumentación y hace del peronismo y el pensamiento Perón una sola cosa, que está definida desde un principio, y que abarca el todo social, este último subordinado a un Estado monolítico. El fundamento de esa condición es doctrinario. La historia del primer peronismo no es la construcción de un orden político, sino más exactamente la fenomenología del acceso del justicialismo a su propia realización, hacia 1955, y a su autodestrucción a partir de la implantación de una situación donde la única salida para los sectores no peronistas es el *coup d'État*.⁵ Por otra parte, el estatismo proveería también la matriz de la desmovilización peronista, primero a través de la

⁵ En esta senda no puede ser olvidado otro trabajo donde se analiza la estrategia electoral peronista para destruir la factibilidad de una representación opositora (Little, 1973b).

verticalización del movimiento obrero, y luego por medio de la licuación de toda vitalidad del Partido Peronista. En suma, la coherente perspectiva de Little puede leerse en sus cuatro textos más difundidos.

El exorcismo del peronismo como gesto historiográfico

Arriesguemos una hipótesis acerca de la matriz de lectura que hace inteligible la idea de “impulso fatal de dominación”.

Son conocidos los modos consensuados para interpretar los diez años del primer peronismo. He aquí uno de ellos, a modo de ejemplo:

Aprovechando las oportunidades que ofreció el breve ciclo de prosperidad de la posguerra, Perón puso al alcance de los trabajadores niveles de vida y de expectativas sociales que hicieron de ellos componentes principales de la sociedad y la economía que crecieron sobre esos cimientos. Esa experiencia de ascenso social y el papel protagónico que alcanzaron a través de sus organizaciones sindicales hizo surgir en los trabajadores una capacidad de intervención política y social que adquirió vida propia, aún después que comenzaron a debilitarse las circunstancias extraordinarias que la habían hecho posible.⁶

Queremos subrayar en ese párrafo la perspectiva de continuidad con la que Juan Carlos Torre lee el período: la perdurabilidad de la experiencia de los trabajadores (de ascenso social y expectativas) y la de sus conquistas políticas y sociales, que se prolongaron más allá del agotamiento de las “circunstancias extraordinarias” en las que se originaron.⁷ Esa lectura bajo el registro de continuidad considera al 17 de octubre, a la irrupción de las masas en la historia argentina -como se suele adjetivar a las movilizaciones de trabajadores que reclamaron la libertad de Perón en muchos puntos del país en 1945- como un *exorcismo*.⁸ Y aquí es el propio Torre el que nos deriva a otro texto canónico acerca del 17 de octubre, en el que se indaga sobre los tipos de movilización de los trabajadores durante el 17 y 18 de octubre, y se

⁶ (Torre, 2002, 75).

⁷ En esta cita que representa mal los distintos sentidos del texto de Torre, tales conquistas están demasiado apegadas a las decisiones del líder.

⁸ “Lo que emerge, en primer lugar, en la movilización de masas del 17 de octubre, es una suerte de exorcismo colectivo: el acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades” (Torre, 1990, 257).

analizan con mayor detalle lo que el autor del artículo pensó como formas de *iconoclasia laica* (James, 1995).

Daniel James atinó a considerar los ejercicios iconoclastas a los que hacía referencia (apedrear y quemar frentes de edificios considerados propios de los enemigos políticos, vituperar a los miembros de esas instituciones, etc.) como una “contienda implícita en torno a lo que podríamos denominar jerarquía espacial y propiedades territoriales”, estrechamente ligados a la “contienda por el acceso a la esfera pública y el reconocimiento dentro de ella”. *Reconocimiento* es tal vez una de las palabras clave del actual consenso historiográfico. Hay que notar que el texto de James, leído con un énfasis y sesgo particulares, en el mismo momento en que destaca la lucha por el “centro”, la simbólica irrupción de los *cabecitas negras* en la Plaza de Mayo, la instala como parte de un ciclo que en su forma final carece del conflicto que en sus orígenes le da sentido.⁹ Es que, en efecto, para James el contenido “herético” del peronismo en la clase trabajadora es un aspecto importante, pero aspecto al fin, de una tendencia de mayor duración y profundidad histórica que es la industrialización moldeada por el Estado. El triunfo de Perón fue haber descubierto un lenguaje que tornara más creíble una cierta fórmula antiliberal y popular de transformación societal en la vía marcada por el desarrollo industrial.¹⁰ Pero continuemos con la cuestión del 17 de octubre.

Es probable que la imagen de los peronistas en la plaza, trajeados, sumisos y carnavalizados haya ganado terreno desde los primeros testimonios (por ejemplo, el de Delfina Bunge de Gálvez en su artículo para el diario *El Pueblo* en 1945) hasta las representaciones historiográficas que avanzan en la misma clave (por ejemplo Plotkin, 2008). Aquella resulta cada vez menos inquietante gracias a esa idea que *corrige* el sentido de la

⁹ En cuanto al sentido global de la relación entre peronismo y clase obrera, años antes que James, Walter Little (1979) señaló las constricciones de la dirigencia sindical entre 1943 y 1946 para optar por una relación más libre con Perón y el Estado, y después de 1951 se vio completamente sometida. Allí el autor revela, tal como lo hemos puntualizado previamente, la decepción de su deseo de una relación de tipo liberal entre Estado y sindicatos, pues escribe: “Es evidente que cuando se forjó la alianza popular [entre el movimiento obrero organizador y Perón] entre 1943 y 1946, éste fue un proceso complejo, oscilante, pero esencialmente limitado. Los dirigentes que apoyaron a Perón lo hicieron a partir del cálculo de que convenía a sus mejores intereses. *Lamentablemente* la situación se polarizó tanto que les impidió cualquier libertad de elección” (subrayado nuestro).

¹⁰ Daniel James (2005, [1988]) escribe en su obra más conocida: “La verdadera cuestión en juego en la década de 1940-1950 no era (...) tanto industrialización versus desarrollo agrario como intervención estatal versus *laissez-faire*. Más bien se trataba del problema de los distintos significados potenciales de la industrialización, es decir los parámetros sociales y políticos con arreglo a los cuales ese proceso debía operarse” (34).

intrusión: el reconocimiento. El 17 de octubre ha sedimentado en los estudios sobre el peronismo como un rito de pasaje. Recordemos aquí la idea con la que Victor Turner revisaba la clasificación tripartita del rito de pasaje ensayada por Arnold van Gennep (separación, limen, agregación).¹¹ La caracterización de “las gentes de umbral” en el texto que citamos aquí abunda en referencias que pueden considerarse para el acontecimiento fundacional del peronismo. Esa transitoriedad en la representación de un suceso disruptivo y contenido por un proceso con aristas violentas y consideraciones extremas es particularmente discutible, aún si el relato oficialista (esto es, peronista) rápidamente tomó distancia de esa posibilidad, al instalar la noción de “dignidad” al mismo nivel que la de “reconocimiento”. Basta con revisar la prensa de los primeros meses posteriores a las elecciones de 1946 para advertir que la analogía del rito de pasaje pierde fuerza a medida que reflexionamos sobre el periodo que esa analogía denomina “agregación”. Es probable que a la luz de esa conflictividad extendida, las nociones de inclusión, de exorcismo, de rito de pasaje aplicadas al 17 de octubre como origen y condensación del período peronista se revelen erráticas; sin embargo es posible rastrear cómo y cuánto ha sedimentado en la historiografía académica la idea de un 17 de octubre como un hito en el proceso de integración social, como un jalón en la construcción de la Argentina moderna.

Digamos que tanto el exorcismo de una fuerza inaudita despertada y “herética” como el pasaje al reconocimiento de una ciudadanía social, ambas figuras de una Historia en la que el primer peronista cumple una faena de integración más o menos traumática pero necesaria, son posibles si disponemos de un sentido del proceso histórico. Solo si había algún lugar al que ir, el acontecimiento del 17 de octubre podía ser reconducido a su destino: para James, una clase obrera peronista que no olvida su identidad de clase, pues la construye y se constituye como tal en la interacción con Perón.

Es necesario volver a la lectura de los orígenes que la historiografía ha realizado debido a que, bajo esa luz, la indagación sobre el *Plan político* en el que se detiene Walter Little adquiere otros matices. La tendencia totalitaria del régimen peronista, que habría alcanzado su cénit con el *Plan*, se acentúa más si la interpretación que la sostiene concibe los

¹¹ “Los entes liminales como por ejemplo los neófitos en los ritos de iniciación o pubertad, pueden representarse como seres totalmente desposeídos” (Turner, 1988, 102).

orígenes del Estado peronista a partir de un desvío particular del exorcismo que permitió la inclusión de la clase obrera en el escenario político y social. Se trata de un Estado que se desprende de sus bases de legitimación, de un Estado que malinterpreta. La ruta que va del 17 de octubre a junio-setiembre de 1955 es el trazo de una bifurcación, que comienza, en las versiones más aceptadas, con la expulsión de algunos líderes laboristas, que continúa en el ciclo de huelgas de mediados del período y con la nacionalización de la doctrina peronista. Si bien es cierto que el consenso alrededor de un Estado-partido de “impulso fatal de dominación” le debe su buena cuota a ciertas interpretaciones generales de amplia circulación local (por ejemplo, Bronislaw Baczko, 1984), es plausible pensar que la “invención” del peronismo en los años sesenta y la proliferación de la pregunta sobre las masas haya informado más intensamente el escenario actual. Pero en definitiva hay una relación notable entre el carácter “secreto” del documento que Little analiza y el carácter velado de las aspiraciones de dominación del Comando Superior Peronista.¹²

Debemos subrayar que no sostenemos aquí que el “impulso fatal de dominación” no haya existido como parte de la imaginación política de las elites peronistas, sino que la constante presencia de ese argumento en la historiografía actual sobre el primer peronismo se funda en la escansión poco elaborada del estado-partido y la sociedad civil. Y es probable que una lectura en clave de conflicto del 17 de octubre –como intrusión clasista y/o racista– pueda emplazar mejor el debate sobre el *Plan*, manteniendo la idea de un vector hegemónico pero repensando el lugar del Estado en las batallas del populismo.

El Estado, el Partido y los *jefes de manzana*

A partir de aquí sólo hay fragmentos, usos y abusos de los logros de la historiografía actual. Indudablemente, esos desarrollos nos permiten reflexionar desde una mejor posición acerca del argumento que liga el “impulso fatal de dominación” al peronismo de conjunto.

Está claro que la literatura reciente sobre primer peronismo perfila severas críticas para el texto de Little. Little totaliza en exceso al Estado peronista, en el que no reconoce fisuras, contradicciones, zonas opacas. Se trataría de una máquina perfecta, aunque

¹² Es probable que haya sido el texto de Georg Eickhoff (1996) el que reforzó mejor esa correlación.

autodestructiva, de opresión de las diferencias políticas y sociales. Lo que desde las presuntas sofisticaciones cognoscitivas actuales se puede reprochar al enfoque es claro: que la estructura estatal debe ser de-construida, relativizada, historizada, en fin, des-totalizada para introducir en ella la incertidumbre, la pluralidad de agentes, la diversidad de estrategias, para recién entonces plantear sus dinámicas generales de funcionamiento.¹³

Algo similar puede decirse respecto de la tendencia a someter al Partido Peronista a la férula irrestricta del líder. Hoy asistimos a investigaciones que nos muestran las variedades contextuales del Partido Peronista en sus situaciones provinciales y municipales, con sus múltiples ensamblajes sociales y políticos, obedeciendo a transformaciones de sus élites, que daría por tierra con la mirada paranoica, en un sentido exactamente igual al que operaría sobre la noción de Gambini y Little sobre el Estado.

Avances incipientes sobre el territorio de lo que uno de nosotros denominó “sociedad política” (Acha, 2004) nos advierten además lo que la mayoría de los investigadores puede columbrar en su trabajo de investigación: que por momentos desde ese terreno, el “impulso fatal de dominación” no caía del cielo sino que cristalizaba a partir de la polarización política, de las perdurables batallas por la “toma de la palabra” y la hegemonía en modos que por momentos trascienden la “contradicción fundamental”.

Tales desarrollos no desplazan las problemáticas sobre las que pivotea el trabajo de Little sino que las complican, las releen y plantean nuevas preguntas. La clave de conflicto sobre la que insistimos puede graficarse aquí brevemente a partir de ese otro ícono del estado peronista del impulso fatal: el *jefe de manzana*. Como es bien conocido se ha insistido en el carácter funcional de las unidades básicas con respecto al estado, se ha hecho hincapié en la relación “de mando” que otorga sentido a las relaciones entre instituciones locales y supra-locales peronistas. El jefe de manzana ha ganado terreno en esas expresiones como un símbolo de factura fascista surgido desde el estado peronista y como un proyecto que verifica la creciente distancia entre ese estado y sus bases. Dejemos hablar a un ex-ministro peronista, frente a un tribunal de la “Revolución Libertadora”:

¹³ Una referencia entre otras que podría justificar este enfoque en Rosanvallon (1990).

En una reunión de gabinete, con posterioridad al 31 de agosto, el general Perón, en una prolongada exposición, expresó que los partidos políticos no habían respondido a su llamado a la pacificación, y si lo que querían era la guerra, la iban a tener, pues para eso era estrategia y contaba con el ejército y la policía, y que además en el barrio norte de la ciudad los jefes de manzana, muñidos de tachos de nafta, a una orden suya estaban en condiciones de incendiar los reductos de opositores existentes en la zona.¹⁴

No hay demasiadas referencias específicas sobre esos capitanejos en documentos de la época. La *Carta Orgánica* de 1954 y su antecedente, el “Plan Político-Orgánico 1952-1958”, ya vigente en 1952 y acaso pergeñado el año anterior, habían instalado la idea de los militantes peronistas como “vigías” de la revolución. En 1954, el Partido Peronista de la provincia de Buenos Aires, a través de una circular instruyó acerca de las funciones del *jefe* (debían completar una planilla para cada uno de los miembros de las familias de las cercanías, desde datos generales hasta el grado de oposición en el que calificaban) y sugirió que tales cargos fueran ocupados por los *jefes de manzana* de la Defensa Antiaérea Pasiva, elementos ya existentes. Se trata de un rol que a duras penas logró ser instituido pero que en algunos casos interesó a las demandas locales o la consolidación de una sociedad política efervescente. La figura de este “vigía” peronista en la célula de la organización censal se correspondía con cambios intrapartidarios en el mismo Partido Peronista bonaerense, que pasó de numerosas unidades básicas “ordinarias” o “sindicales” constituidas por la libre afiliación, entre 1947 y 1951, a un número preciso de unidades básicas que grillaron las localidades en un mapa basado en los circuitos electorales (una mediana ciudad no superaba las 6 básicas luego de la última reforma de 1954).¹⁵ El *jefe de manzana* venía a multiplicar las representaciones de la imaginación antiperonista (hay que decir ciertamente que esa imaginación es relacional) que en algunas versiones definía al Estado peronista como uno de tipo policial. La actividad de las “brigadas contra el agio” y las purgas intrapartidarias de 1951-1953 en el peronismo bonaerense contribuyeron a dibujar con mayor precisión la forma del *jefe de manzana*.

Con todo, la figura del *jefe de manzana* pirómano es particularmente notable y debe formar parte de un bestiario en el que la sirvienta que se come un bebé asado y el “negro”

¹⁴ (Gambini, 2007, 415).

¹⁵ (Quiroga, 2008).

destructor de parquets ocupan sus respectivos lugares en esas especies de rituales ígneos que se construyen alrededor de las tensiones racistas. Y ese sería el lugar, incipiente, impreciso, sobre el que la historiografía sin abandonar la idea del “impulso fatal de dominación” debe reconsiderar la visión finalista de una sociedad que a partir de un exorcismo se hace más estructurada y cimentada. El problema es que 1955 no fue esa hoguera definitiva del peronismo.

Conclusiones

Es imposible comprender lo que se juega en la interpretación liberal-progresista del peronismo (una definición que concierne sin duda a diversas perspectivas) sin poner de relieve el tipo matriz filosófico-historiográfica concebida. En efecto, las líneas interpretativas esbozadas por Little en sus diversos textos, y representadas principalmente en su concepción de una ideología peronista que asume su forma *princeps* en el *Plan político*, descansa en una concepción histórica que percibe a la experiencia sociopolítica y cultural argentina como un desarrollo de acumulación de poder, regulado por el incremento de atribuciones estatales. Y se inscribe, de modo no previsto, en la lectura actualmente consensuada acerca del peronismo a partir del análisis del significado del 17 de octubre de 1945. Por un lado la pregunta sobre el Estado en muchos casos establece una distancia entre burocracia y política, de corte normativo, proponiendo un Estado o Estado-partido con un programa alejado de sus bases de legitimación socio-políticas. Pero por el otro no lee los mitos como productores de sentido sino como velos, y allí donde surgen documentos atípicos que confirman la idea del “impulso fatal de dominación” en lugar de desestabilizarlo a partir del contexto de conflictividad en el que surge (peronismo-anti peronismo), lo recuperan como pruebas palpables de una ideología que cada vez más descubrimos inestable o heterogénea.

Pensamos que ha subsistido un esquema de la lógica paranoica que atribuye representatividad inmoderada a las previsiones y estrategias propuestas en el *Plan político*. Es cierto que a las mismas se les puede aplicar el expediente crítico ya mencionado, según el cual se vería con facilidad que el documento (así como muchos otros del estilo) puede ser explicado por tácticas específicas de organismos estatales que así justificaban sus

presupuestos, o bien aspiraban a un sitio burocrático más elevado. De la misma manera se podría remitir el esfuerzo planificador de lo político a un sector peculiar del organismo estratégico peronista, y no a una inexistente voluntad única sobre la que planearía soberana la doctrina peroniana. Pero además de las balizas heurísticas, el debate acerca de la relación del Estado y las masas apenas comienza a ser concebido. En ese sentido pueden mencionarse aquí tres notas: por un lado, desde una perspectiva pragmática (no decimos utilitarista), la producción de escritos de esta naturaleza (secretos o semi-clandestinos) así como también el material propagandístico puede revisarse mejor más allá de un supuesto momento original, dador de sentidos, que fácilmente se coloca en el Perón previo a 1945, y más cerca de un escenario igual de conspirativo que el del GOU pero con más de un actor implicado, un escenario en fin en el que peronistas y antiperonistas luchan en todos los niveles y áreas del espacio público por el control de los sentidos de la actividad política y el ordenamiento social y en el que las agencias estatales poseen un lugar destacado. (Curiosamente uno de los libros que divulgó el impulso de dominación del peronismo en la construcción de un aparato estatal de propaganda, el de Pablo Sirvén [1984], en su último capítulo subraya la idea de que ese “plan” debía leerse en el escenario del enfrentamiento con la oposición, y se inclinaba más que por el estudio de los signos producidos desde la prensa y la radio estatal y paraestatal, por una pragmática que ligara los documentos a los usos. Sin embargo, el empleo que se ha hecho de ese libro en las últimas décadas sólo subraya el aspecto “manipulador” y totalitario del Estado peronista en sus políticas comunicacionales).

También debemos introducir aquí la problemática de la “planificación” peronista, objeto de recientes estudios sobre su “racionalidad” e “irracionalidad” estatal y burocrática (Devoto, 2001; Berrotarán, 2003; Ballent, 2005; Campione, 2007; Biernat, 2007). Este tema es una vieja cuestión ligada a los efectos del pensamiento weberiano sobre la concentración e instrumentalización del poder por los aparatos estatales. He allí un debate irresuelto: ¿estuvo regido el Estado peronista por una lógica de racionalización con arreglo a fines? ¿Hasta dónde primó esa línea (personificada por José Figuerola, Ramón Carrillo o Juan Pistarini) y hasta dónde la de la “politización” (materializada por Eva Perón y su Fundación)? Desde luego, lo que debería ser interrogado es el esquema narrativo que subyace a la pregunta, que generalmente ha sido matizado en una forma evolutiva, ya liberal, ya marxista, o bien

sociológica, pero que desde una pretendida modestia historiográfica aún puede ser percibida como eficiente. Por caso, sería factible promover una lectura vinculada a la identificación de relaciones de fuerza antes que la pertenencia más o menos virtuosa a una tendencia centralizante o totalitaria (alternativamente, concebir esa centralización como un aspecto de una historia agonística). Si así fuera, el *Plan político* debería ser considerado un instrumento de lucha antes que la manifestación de una dialéctica infernal de acumulación política autónoma, aunque esto no tendría necesariamente que edulcorar la vocación totalizadora del populismo; más bien eludiría la simplificación de atribuirlo a una lógica inmanente en auto-despliegue. Por cierto, esta última horma es inmune a los desarrollos provenientes desde los estudios sobre la “planificación”, pero cuando una tendencia a la clausura del todo social se concibe como el núcleo pulsional del Estado-partido, las investigaciones sobre agencias estatales, agendas técnicas, etc. se vacían de proyección.

Desde una perspectiva formal y de mayor densidad cultural, el *Plan* puede también inscribirse en una tradición peronista “evangélica”, de una pedagogía que apenas comienza a investigarse. No sólo rastreable en revistas como *Mundo Peronista*, sino también en las publicaciones estatales o partidarias, para consumo de técnicos y dirigentes. Esos modos de conceptualizar la materia de la que se trate no deben ser concebidos como formas inacabadas, infantilizantes o sobreactuadas. Hay en ellos mucho más que el uso hipócrita de una herramienta científica. Una forma posible de ligar documentos de la naturaleza del *Plan*, la propaganda peronista, el Estado del impulso fatal y el profundo enfrentamiento social y político que comenzó simbólicamente el 17 octubre, ahora no concebido como rito de pasaje, consiste en pensar ese tipo de *mapeos representacionales* como intentos de interpretar el cuerpo social –en conjunto eclécticos, en los que las gráficas de Quesnay o Playfair, los modelos de Paul Otlet y las “influencias” del muralismo de la WPA (así lo ha sugerido Marcela Gené) se superponen, refractan o amalgaman—. Y sólo desde el Estado ese “plan” tiene sentido.¹⁶

Con todo, la noción de un peronismo como tendencia a la concentración del poder ha persistido, hasta hoy. Una de las derivaciones de esa idea, que yace en los textos de Walter

¹⁶ Una excelente aproximación al lugar de los mapas representacionales en la imaginación estatal en Susan Buck-Morss, 2005.

Little, es que en esa vocación expansiva existían mecanismos auto-eliminadores. La idea está en análisis posteriores a Little como en Halperin Donghi y Carlos Altamirano; y ya habían sido esbozados por simpatizantes de izquierda como Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, y desde el propio peronismo por John William Cooke. El desarrollo histórico del propio peronismo en general y de las variantes del Estado peronista en particular pone en suspenso tales intuiciones y nos obliga a revisar la tentación por la interpretación esencialista.

Sin embargo, es posible homenajear una dimensión trágica de Little, que marca una huella poco transitada. Para el autor norteamericano, el peronismo despliega una fuerza unificante que lo conduce inexorablemente a la debacle. Su relato es propiamente el de una tragedia. En efecto, si cuando Little publicó el peronismo no estaba en el poder, es que la aventura peronista debía concluir con un aniquilamiento derivado de sus tendencias doctrinarias y estatistas. El caso más patente de ese intrínquilis es el conflicto con el catolicismo de 1954-1955. No parece comprensible por qué Perón pronunció esas palabras imprudentes en la Reunión de Gobernadores de noviembre de 1954, por qué el ministro de Interior hizo quemar la bandera nacional con el objetivo de culpar a la oposición acaudillada por la Acción Católica Argentina, y en fin, por qué a Perón se le pasó por la cabeza el “Cinco por Uno”, en el fatídico discurso del 31 de agosto de 1955. Hay allí una violencia de la historia a ser develada, porque para Little el peronismo es imposible. El pluralismo liberal del autor aborrece el peronismo, y lo instala en una secuencia trágica que determina su final abrupto. Es preciso reconocer en esa mirada una latencia problemática que ha sido marginada, no tanto para repetir su fragor analítico, sino para asumir una imaginación histórica útil en la perseverancia de una realidad hiriente que sigue atravesada por el fantasma argentino por excelencia que es el peronismo.

Bibliografía

ACHA, Omar (2004): “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”. En: Desarrollo Económico, nº 174.

ACHA, Omar y Quiroga, Nicolás (2009a): “La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente”. En: EIAL, número 21, diciembre.

ACHA, Omar y Quiroga, Nicolás (2009b): “Pliegues de la normalización de los estudios sobre el primer peronismo: complementos y aclaraciones” en A.A.V.V., Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.

BACKZO, Bronislaw, (1984): Los imaginarios sociales, Memorias y esperanzas colectivas, Buenos Aires, Nueva Visión.

BALLENT, Anahí (2005): Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, *peronismo* en Buenos Aires, 1943- 1955, Buenos Aires, Universidad de Quilmes/Prometeo.

BERROTARÁN, Patricia (2005): Del plan a la planificación. El Estado durante la época peronista, Buenos Aires, Imago Mundi.

BIERNAT, Carolina (2007), ¿Buenos o útiles? La política inmigratoria del peronismo, Buenos Aires, Biblos.

BUCK-MORSS, Susan (2005): “Imaginando el capital: la economía política en exhibición”. En: Walter Benjamin, escritor revolucionario, Buenos Aires, Interzona.

CAMPIONE, Daniel (2007): Orígenes estatales del peronismo, Buenos Aires, Miño y Dávila.

CIRIA, Alberto (1983): Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

DEL CAMPO, Hugo (2005): Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

DEVOTO, Fernando (2001): “El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949)”. En: Desarrollo Económico, vol. 41, nº 162.

DOYON, Louise (2006): Perón y los trabajadores, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

- EICKHOFF, George (1996). “El 17 de Octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Eva Perón”. En: *Desarrollo Económico*, nº 142.
- GAMBINI, Hugo (2007): *Historia del peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- HALPERIN Donghi, Tulio (1993): “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”. En: AMARAL, Samuel y PLOTKIN, Mariano. *Del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro.
- JAMES, Daniel (1995): “17 y 18 de octubre: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”. En: Torre, Juan Carlos (comp.). *El 17 de octubre*, Buenos Aires, Ariel.
- JAMES, Daniel (2005): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno (ed. original 1988, 1ª ed. argentina 1990).
- LITTLE, Walter (1973a): “Party and State in Peronist Argentina, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, nº 4..
- LITTLE, Walter (1973b): “Electoral Aspects of Peronism, 1946-1954”. En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 15, nº 3.
- LITTLE, Walter (1979): “La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955”. En: *Desarrollo Económico*, nº 75.
- LITTLE, Walter (1982): “A Note on Political Incorporation: The Argentine Plan Político of 1955”. En: *Journal of Latin American Studies*, nº 14.
- LUNA, Félix (1985): *Perón y su tiempo. II. La comunidad organizada 1950-1952*, Buenos Aires, Sudamericana.
- PLOTKIN, Mariano (2008): *El día que se inventó el peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- QUIROGA, Nicolás (2008): “Las Unidades Básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local”. En: *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, nº 8, <http://nuevomundo.revues.org/index30565.html> [Último acceso: 16 de setiembre de 2010].
- ROMERO, José Luis (1956): *Las ideas políticas en Argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ROSANVALLON, Pierre (1990): *L'État en France de 1789 à nos jours*, París, Du Seuil.
- SIRVÉN, Pablo (1984): *Perón y los medios de comunicación*, Buenos Aires, CEAL.

TORRE, Juan Carlos (2002): “Introducción a los años peronistas”. En: Torre, (Dir), Los años peronistas (1943-1955), Buenos Aires, Sudamericana.

TORRE, Juan Carlos (1990): La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo, Buenos Aires, Sudamericana.

TURNER, Víctor (1988): El proceso ritual. Estructura y antiestructura, Barcelona, Taurus.

WALDMANN, Peter (1981): El peronismo, 1943-1955, Buenos Aires, Hyspamérica [1974].